

«tres funciones» tan admirablemente analizadas por Dumézil. Intentaré tan sólo que los nombres de los principales dioses germánicos adquieran cierta consistencia por un rato en sus mentes, y sugieran alguna que otra imagen que pueda serles grata o, simplemente, curiosa.

En esto de convocar fantasmas de la mitología nórdica me han precedido, por ejemplo, en España dos traducciones completas al castellano de la *Edda Poética*. La primera de ellas la llevó a cabo Angel de los Ríos y Ríos en 1856 (Madrid, Imprenta de la Esperanza) con el título de *Los Eddas. Traducción del antiguo idioma escandinavo*, aunque lo es en realidad de la versión francesa de Mlle. Du Puget, como puede comprobarse fácilmente. De los Ríos no es otro que el señor De la Torre Povedaño que Pereda dibuja con trazos imborrables en su novela *Peñas arriba*. Su tarea, temprana y bajo el signo de la «Imprenta de la Esperanza», no obtiene descendencia en nuestro país hasta 1983, año en que Enrique Bernárdez publica en Editora Nacional sus *Textos mitológicos de las Eddas* (a De los Ríos le gustaba más hablar de *los Eddas*, en masculino, género más acorde, según él, con los viriles textos de la obra apócrifa de Saemund); Bernárdez es, sin duda, con sus precisos conocimientos del antiguo islandés, el primer español que traduce al castellano la *Edda* en verso directamente de su lengua de origen; los *Textos heroicos de las Eddas* no se harán esperar; de Enrique Bernárdez son también unas *Sagas islandesas* de la colección Austral de Espasa-Calpe (número 1644), Madrid, 1984, y una magnífica versión de la *Saga de Egil Skallagrímsson*, de Snorri, publicada ese mismo año por Editora Nacional. Si mucho tenemos que agradecerle a Bernárdez su trabajo como introductor en España de textos tan apasionantes, los castellano hablantes debemos igual gratitud a la labor de Borges en *Antiguas literaturas germánicas* y en su reciente traducción de la *Alucinación de Gylfi* (Madrid, Alianza, 1984). Con Borges, sumergirse en el mundo de la mitología escandinava es para todo lector sensible una especie de fiesta inolvidable. Pero dejemos de momento a los hombres, por geniales que sean, y ocupémonos de los dioses.

De Odín, por ejemplo, a quien Tácito en la *Germania* identifica con Mercurio. Lo cierto es que Wodan-Odín, de jefe del ejército de los muertos y dios del viento, pasó a convertirse en el primero de los dioses germánicos. Su supremacía se extendió primero por Alemania; los anglosajones la instauraron en Gran Bretaña, de donde llegó a Escandinavia, suplantando en Noruega el antiguo culto de Tor y mezclándose en Suecia con el culto de Frey. Desde entonces se lo invoca en los palacios reales, pues es el dios de la guerra y de la victoria.

Odín, que tiene el poder de encarnarse bajo todas las formas posibles, especialmente de animales (como los muertos en el culto germánico de los muertos). Odín, el propietario de Sleipnir, el corcel de ocho patas; a quien siempre acompañan los cuervos Huginn (Pensamiento) y Muninn (Memoria); el que posee, como los muertos, el don profético y puede desplazarse en un instante a las más apartadas regiones y saber lo que sucede en ellas.

Odín, que, de la misma manera que los fantasmas son muchas veces custodios

de tesoros, así también él sabe dónde se esconden los metales ocultos en la tierra. Odín, que goza de poder absoluto sobre los elementos y sobre la naturaleza, pudiendo apagar o avivar el fuego, calmar o sublevar los mares, dirigir los vientos a su capricho, derramar dichas o calamidades sobre los hombres.

Odín, el de los muchos nombres, el hechicero, el padre de la magia. Y aquí vale la pena intercalar una historia tremenda: para conservar la juventud y, a la vez, descubrir las runas y la sabiduría encerrada en ellas, Odín se sacrifica a sí mismo. Lo cuenta el *Hávamál* o Discurso del Altísimo en la *Edda Poética*: «Sé que pendí del árbol que movía el viento durante nueve noches: herido de lanza, sacrificado a Odín, yo mismo a mí mismo, sobre el árbol de raíces desconocidas. No me dieron un cuerno para beber, no me dieron pan para comer. Miré hacia abajo, recogí las runas; gimiendo las recogí, caí al suelo».

Odín, que, como Cristo, convirtió el sacrificio en sabiduría. Dios de la ciencia y de la inteligencia. Dios que, cuando hablaba —como Ovidio en la Roma de Augusto—, lo hacía en verso, pues custodiaba el hidromiel, y es el hidromiel lo que convierte en poetas a los hombres; y el hidromiel es Kvasir, un ser humano creado con la saliva de Ases y Vanes (las dos clases supremas de dioses que compitieron entre sí en el principio de los tiempos), al escupir juntos en una vasija para sellar la paz (luego lo matarían unos enanos, mezclando su sangre con miel y dando origen al hidromiel de los poetas, guardado por Odín).

Odín, que, como jefe del ejército de los muertos, es señor de un reino especial donde los caídos en combate aguardan peleando sin cesar la hora de la última batalla, de la que hablaremos después. Odín, que es tuerto, pues, como dios de los muertos, arrebató hombres, y los demonios devoradores de hombres tienen en casi todas las culturas un solo ojo.

Dios del viento y, por tanto, de la fertilidad («mucho viento, mucha fruta», «sin viento no hay cosecha»), pero también dios de la guerra, pues la muerte obtiene su cosecha en la guerra, Odín enseña a combatir, protege a los guerreros, es padre de linajes escogidos de guerreros y, de ahí, pasa a ser padre de todo lo que vive o padre de los hombres.

Odín es el esposo de Frigg, la Hera o Juno escandinava, pero también es, como Zeus, sumamente enamorado (recuérdese que el viento persigue a las doncellas, al menos en el *Romancero gitano* de García Lorca) y no se caracteriza por su fidelidad conyugal. Odín es asimismo el padre (en su papel de viento fecundador) de Vidar y Váli, dos fuertes guerreros que combatirán en la última batalla y sobrevivirán al Ragnarök.

Odín es, por último, un infatigable viajero, en compañía siempre de Hoenir (otro dios que no morirá tras la jornada definitiva) y de Loki, su sombra, su Mr. Hyde, su *alter ego* malvado, su oscuro *Doppelgänger*.

Loki es una figura bastante complicada que representa la otra cara de Odín, el Odín que subvierte, el anhelo de destrucción. Unas veces entre los Ases, otras entre

los enemigos de los Ases, en ningún caso parece que se le tributó culto alguno: tan sólo es una creación de la poesía mitológica, poco tiene que ver con la religión.

Loki es una criatura astuta por excelencia, como el diablo en las leyendas medievales cristianas. Y como Luzbel, también él fue en su origen un espíritu del fuego y de la luz. En la *Edda Poética* y en la poesía escáldica se nos cuenta cómo en el principio de los tiempos contrajo alianza de sangre con Odín, porque al fin y al cabo, como decía Heráclito, Bien y Mal son una misma cosa.

Loki es el prototipo del intrigante entre los Ases (como Mordred en la leyenda céltica), el seductor de las Asinias. Es hermoso y de gallarda presencia. Como espíritu del fuego, se relaciona estrechamente con Tor, dios del trueno, al que acompaña a menudo en sus viajes.

Su naturaleza es proteica, como la de Odín: puede adoptar figura de mujer, yegua, perro marino, salmón, mosca, halcón, pulga y todas cuantas desee. Esta facilidad de disfrazarse hasta la esencia, unida a su astucia proverbial, hace que saque de apuros a los Ases en no pocas ocasiones, por más que su maldad —también paradigmática— les busca continuas dificultades.

Es deslenguado, insolente, traidor, embustero: es el *trickster* de la leyenda nórdica. carece de moral y se complace en el sufrimiento de los demás. No vacila ante el hurto (roba el fabuloso collar de Freyja) ni ante el asesinato (Loki es quien incita al ciego Hödr a dispararle a Bálder con la rama de muérdago, única arma capaz de darle muerte).

Tras el trágico fin de Bálder, Loki se oculta en la figura de salmón, pero Tor lo pesca y lo encadena, de acuerdo con los demás Ases, a la cima de un monte, donde permanecerá hasta el Ragnarök.

Quizá Tor o Donner sera el más conocido de los dioses germánicos. No olvidemos que es el único As protagonista de una serie de *comic books*: *The Mighty Thor*, la celeberrima colección de la Marvel. Entre los Romanos equivale a Hércules, pero también a Júpiter (el *dies Iouis*, nuestro Jueves, es el *Donnerstag* alemán, del mismo modo que el *dies Mercurii*, nuestro miércoles, era el *Wesnesday* anglosajón).

Tor es la personificación del trueno y se lo veneraba especialmente en Noruega. Frente a Odín, que se jacta de sus aventuras galantes, Tor se vanagloria de sus combates con gigantes y gigantas, de los que ha limpiado el mundo, favoreciendo a Ases y a hombres. Si Odín es la novela, Tor es, sin duda, la leyenda.

¿No es acaso pura leyenda esa hercúlea figura de lengua barba roja y atronadora voz, con el martillo Mjöllnir en la mano, su cinturón de fuerza y su guantelete de hierro? Mjöllnir, que siempre vuelve al dios después de destruir algún gigante, le sirve también a Tor para santificar los contratos, especialmente los matrimonios. El *Donnerstag* es el día apropiado para celebrar asambleas públicas y bodas.

Como enemigo mortal de los gigantes, es el protector de Midgard (la tierra) y de Asgard (la mansión de los Ases) contra las asechanzas de aquéllos. Para comba-